

CAPÍTULO XXXII

CATÁSTROFE DEL « ZÉNIT »

(G. TISSANDIER)

El jueves 15 de abril de 1875, remontóse desde la fábrica de gas de la Villette el globo *Zénit*, tripulado por MM. Gaston Tissandier, Crocé-Spinelli y Sivel. Habíanse propuesto estos atrevidos aeronautas completar los estudios iniciados en otra ascension anterior relativamente á los efectos que el enrarecimiento del aire causa en el organismo, á cuyo fin se habian elevado entonces á 7,400 metros de altura. Conocian por consiguiente los peligros terribles que se verian obligados á arrostrar, y con objeto de evitarlos en la ascension que nos ocupa, se proveyeron de medios artificiales para combatir los efectos mortales del aire irrespirable; pero estos les faltaron cuando se hallaban ya á considerable altura, y MM. Crocé Spinelli y Sivel perecieron víctimas de su amor á la ciencia, habiendo sucumbido en el seno de las elevadas regiones atmosféricas á consecuencia sin duda alguna de una congestion pulmonar ocasionada por el enrarecimiento del aire.

M. Gaston Tissandier fué el único que se salvó de aquella catástrofe, pudiendo verificar el descenso de un modo providencial en el departamento del Indre.

Hé aquí la carta que M. Tissandier dirigió á la Sociedad de Navegacion aérea, y en la que relata detalladamente el viaje emprendido por los animosos aeronautas.

«Al Sr. Presidente de la Sociedad francesa de Navegacion aérea.

»Ciron (Indre) 16 de abril de 1875.

»Muy señor mio: Por el telégrama que se os expidió por conducto oficial estareis ya enterado de la terrible desgracia que tenemos que lamentar. ¡ Sivel y Crocé-Spinelli ya no existen! La asfixia les ha sorprendido en las elevadas regiones del aire á donde habíamos llegado.

»Voy á referiros cuanto sé acerca de este dramático episodio, porque á mi vez, he estado sumido por espacio de dos largas horas en un anonadamiento completo.

»Efectuóse, como sabeis, la ascension desde la fábrica de la Villette; á la una de la tarde nos hallábamos ya á mas de 5,000 metros de altura. Habíamos hecho pasar el aire por los tubos de potasa, luego nos tomamos el pulso, y medimos la temperatura interior del globo, que era de mas de 20°, mientras que al aire exterior apenas era de 5° bajo cero. Sivel arreglaba los objetos de la barquilla, y Crocé hacia experimentos con el espectróscopo. Estábamos muy contentos.

»Sivel arrojó algunos puñados de lastre, y nos remontamos mas aun, respirando oxígeno, cuyo efecto es admirable. A la una

y veinte minutos el barómetro marcaba 320' y la temperatura exterior era de 10° bajo cero: á la sazón nos hallábamos á 7,000 metros de altura. De pronto veo que Sivel y Crocé palidecen; yo siento cierta debilidad, pero me reanimo un poco respirando oxígeno. Nuestro impulso ascensional continúa. Sivel se vuelve á mí y me dice: — Todavía tenemos bastante lastre; ¿os parece que tire un poco? — Haced lo que querais, le contesto. Sivel se dirige á Crocé y le hace la misma pregunta, á la cual contesta este con un ademan afirmativo muy resuelto. Quedaban en la barquilla cinco sacos de lastre por lo menos, y otros cuatro colgados de unos cordeles fuera de ella.

»Sivel coge su cuchillo y corta sucesivamente tres cordeles; vaciáanse los tres sacos y subimos rápidamente. De pronto me siento tan débil que ni siquiera me es posible volver la cabeza para mirar á mis compañeros que, segun creo, están sentados. Quiero coger el tubo de oxígeno, pero no puedo levantar el brazo. Aun conservaba la imaginación muy despejada, tenia los ojos fijos en el barómetro, y veia la aguja pasando por la cifra de presión 290, luego por la 280, y aun mas. Entonces quiero gritar:

«—¡ Estamos á 8,000 metros!

»Pero tengo la lengua como paralizada. De repente, cierro los ojos, y caigo inerte, perdiendo todo recuerdo.

»Era la una y media poco mas ó menos, —A las dos y ocho minutos vuelvo en mí un momento; el globo bajaba rápidamente: he podido cortar un saco de lastre para moderar su velocidad, y escribir en mi registro de bordo las siguientes líneas:—

«Bajamos: temperatura—8°; arrojé lastre; »H. 315; Sivel y Crocé continúan desmayados en el fondo de la barquilla. Bajamos »muy de prisa.»

»Apenas he escrito estas líneas cuando me sobrecoge un nuevo temblor, y vuelvo á caer sin conocimiento. Sentia un viento impetuoso que indicaba un descenso rápido. Algunos momentos despues, noto que me

sacuden el brazo, y veo á Crocé que se habia reanimado.

«—Tirad lastre, me dice; estamos bajando.

»Pero apenas pude abrir los ojos, y no vi si Sivel habia vuelto en sí. Recuerdo que Crocé desató el aspirador y que lo tiró fuera de la barquilla, así como tambien lastre, mantas, etc. De todo esto guardo un recuerdo muy confuso: su impresion se extinguió pronto, pues caí de nuevo en una inercia mas completa que antes, y me pareció que iba á dormirme con un sueño eterno.

»¿Qué sucedió despues? Supongo que el globo deslastrado, impermeable como era y muy caldeado, se remontó otra vez á las altas regiones. —A las tres y quince minutos volví á abrir los ojos, sintiéndome aturdido, postrado; pero mi espíritu se fué reanimando.—El globo bajaba con una velocidad espantosa; la barquilla sufría bruscas sacudidas y describia grandes oscilaciones. Me arrastro de rodillas, y empiezo á tirar del brazo á Sivel y á Crocé, gritándoles: —¡ Sivel, Crocé, despertaos!

»Mis dos compañeros estaban acurrucados en la barquilla, con la cabeza tapada con sus capas: hice un esfuerzo supremo y procuré levantarlos. Sivel tenia el rostro negro, los ojos vidriosos, la boca entreabierta y llena de sangre. Crocé tenia los ojos cerrados y la boca ensangrentada.

»Deciros lo que entonces pasó por mí es imposible. Notaba un viento espantoso que soplaba de abajo arriba; nos hallábamos aun á 6,000 metros de altura, y viendo en la barquilla dos sacos de lastre, me apresuré á tirarlos. Pero la tierra se acercaba rápidamente; quise coger un cuchillo para cortar el cordel que sujetaba el ancla, pero no pude encontrarlo. Estaba como loco, y continuaba llamando: ¡ Sivel! ¡ Sivel!

»Por fortuna, logré encontrar un cuchillo, y desprender el ancla en el momento preciso. El choque contra el suelo fué sumamente violento; pareció aplanarse el globo, y creí que ya no se moveria, pero el viento

era impetuoso, y lo arrebató. El ancla no se hincaba en ninguna parte, y la navecilla se arrastraba por el campo: los cuerpos de mis desgraciados amigos sufrían terribles sacudidas; á cada momento esperaba verlos lanzados fuera de la barquilla. Pude sin embargo asir la cuerda de la válvula, y el globo se vació al poco rato, destrozándose despues contra un árbol. Eran las cuatro.

»Al poner el pié en tierra me sentí poseído de una excitación febril, violenta, poniéndome lívido y como si estuviese agobiado. Creí que iba á reunirme con mis amigos en el otro mundo. Sin embargo, me repuse poco á poco, y me acerqué á mis desgraciados compañeros que estaban yertos y rígidos, haciendo que trasladaran sus cadáveres á una granja cercana: los sollozos me ahogaban, como me ahogan todavía.

»Estoy en Ciron, cerca de Blanc (Indre), donde he hallado una cordial hospitalidad. He tenido calentura toda la noche, y como no he tomado alimento, me encuentro muy débil.—Os abraza

GASTON TISSANDIER.»

A los detalles que se dan en la carta anterior, podemos añadir algunos relativos al descenso en que M. Tissandier demostró

un valor y una serenidad á toda prueba. Cuando este aeronauta vió que no había remedio para sus amigos, y que el globo bajaba con vertiginosa rapidez, reunió todas sus fuerzas y arrojó el ancla. En aquel momento las llanuras de la Brenne desfilaban como si las impulsara un poder infernal; la máquina se acercó al río Creuse, pero entonces, despues de rozar los árboles del parque de la Barre, fué á dar contra un olmo: la sacudida fué terrible, mas el atrevido viajero no se intimida; sube por las cuerdas, y desgarró la cubierta del globo. Arroja nuevamente el ancla, y viendo muchos hombres que corren en su auxilio, se precipita de la barquilla para darles mas fácilmente instrucciones; aquellos cogen las cuerdas, y trasladan el *Zénit* á Neraux, partido de Ciron.

Al subir á la region en que el enrarecimiento del aire impide que se produzca la oxigenación de la sangre con la energía suficiente para sostener el calor normal del organismo, los desdichados Sivel y Crocé sucumbieron antes de poder servirse de los aparatos de inhalación de que se habían provisto, cumpliéndose el presentimiento del primero que dijo á M. Tissandier al remontarse: ¡Dichoso aquel de nosotros tres que vuelva á tierra!

LIBRO SEGUNDO

LA LUZ Y LOS FENÓMENOS ÓPTICOS DEL AIRE

CAPÍTULO I

EL DÍA

Hemos visto que la Atmósfera desempeña en nuestro planeta el papel fundamental de organizadora de la vida, y que todos los seres, así vegetales como animales, están constituidos para respirar en su seno y para construir, con el auxilio de sus moléculas fluidicas, el tejido sólido de sus organismos: ahora vamos á contemplar en ella la gran alegría de la naturaleza; á conocer que no solo se debe á su presencia el fondo, sino la forma; que sin ella el mundo se arrastraría trabajosamente en el espacio, triste é incoloro, cuando merced á ella atraviesa placenteramente los campos del cielo, en medio de las brisas y de los perfumes, sobre una capa etérea de púrpura y azul y bajo el esplendoroso brillo de una sonrisa eterna.

Bóveda cerúlea de un cielo tranquilo y puro, dulce coloración de los astros, inflamadas magnificencias de los crepúsculos, encantadora belleza de los paisajes solitarios, perspectivas vaporosas de las campiñas, y vosotros, lagos que desde el limpio espejo de vuestras cristalinas línfas sorreis melancólicamente al cielo reflejando la imponente mole de las nieves eternas,

sabed que á ese fluido ligero y poderoso, extendido sobre el globo terrestre, sois deudores de vuestra existencia y de vuestra belleza. Sin él, no existiría ninguna de esas perspectivas, ninguno de esos matices. En lugar de un azulado cielo, solo tendríamos un espacio negro, insondable; en vez de los sublimes ortos y ocasos del sol, se sucederian bruscamente el día y la noche; en lugar de esas medias tintas que difunden una luz suave allí donde Febo no lanza directamente sus deslumbradores rayos, no habría claridad sino en los puntos iluminados por el refulgente astro, dominando la oscuridad en los demás: nuestro planeta no ofrecería en suma ninguna morada habitable.

El cielo, ya esté despejado ó cubierto, se presenta siempre á nuestros ojos bajo el aspecto de una bóveda rebajada. Léjos de ofrecer la forma de una circunferencia, parece extendido, aplanado sobre nuestras cabezas, y se prolonga insensiblemente descendiendo poco á poco hasta el horizonte. Los antiguos creían formalmente que la forma del cielo era en efecto la de una bóveda, pero, como dice Voltaire, esta creen-